

LOS PAPELES DE MANUEL ARCE: UN TESTIMONIO IRREMPLAZABLE

Manuel Arce. *Los papeles de una vida recobrada*. Santander: Ediciones Valnera, 2010. 366 pp.

Los clásicos nos hablan. Plutarco afirmaba en *Vidas paralelas*: «No escribimos historias, sino vidas». Y muy recientemente el maestro Paul Ricoeur, subrayaba que «escribir la vida es otra historia». El poeta, el novelista, el librero, el galerista Manuel Arce (Asturias, 1928) ha agavi-llado sus vivencias apoyadas en los regresos de la memoria y en el testimonio de setecientas cartas, entreveradas en un relato que alcanza desde la inmediata posguerra a nuestros días. Desde la adolescencia del protagonista a 2006, cuando es un jubilado laborioso y entretenido. *Los papeles de una vida recobrada* avasalla por los datos que proporciona y por los horizontes que abre. Quizás no sea un libro redondo y ágil, pero es una obra que, con una escritura muy fluida, recobra una vida y la polifonía riquísima de sus escenarios y personajes. Andando los años a buen seguro será fuente para los historiadores culturales de la vida española de la segunda mitad del siglo xx, dado que su información y documentación es rigurosa y, muy a menudo, de primera mano.

No es posible en una reseña de límites específicos dar cuenta de la avenida de contenidos que la obra abarca, así como tampoco indicar las dedificaciones poliédricas de Arce: poesía, narrativa, pintura, fotografía, etc. Sin que el lector de la presente obra se sienta mal aconsejado, debo decir que una síntesis lacónica de su contenido la puede encontrar en el texto («De la imagen y su contenido») que Arce ha preparado para el precioso libro *Manuel Arce. Imágenes de una vida / Images of a Lifetime*, Santander, 2011. Nadie como su autor para sopesar lo imprescindible de una obra que puede gozar de un sinfín de miradas interesadas y atractivas.

Santander es el escenario principal. Desde la revista *La Isla de los Ratones* (1948-1955) y desde la librería y galería de arte Sur (1952), el joven Manuel Arce con veleidades poéticas que trasvasó a la narrativa a partir de su novela *Testamento en la montaña* (1956), nos ofrece un testimonio irremplazable –cartas, retratos, anécdotas...– de un parte sustancial de la vida cultural española durante el franquismo y el último cuarto del siglo xx (la editorial compañera de la revista

publicó su último volumen, anudando las cartas de Zenobia y JRJ con el prólogo de Ricardo Gullón, en 1986) y los primeros años del siglo XXI. El legado de esta oceánica obra es inigualable, si bien me parece que el disco duro de *Los papeles* reside en los años que van de 1945 al 1975. En esas páginas está la verdadera historia de la revista que, combinando literatura y arte, se ofrece como pórtico de la mallorquina Papeles de Son Armadans, al mismo tiempo que el lector puede pulsar las conciencias, los comportamientos y los ambientes del mundo literario y artístico.

Junto con Madrid (para cuya glosa sintética necesitaría otra reseña), el otro escenario relevante es Barcelona. Al margen de otras noticias y referencias (los imprescindibles epistolarios) los numerosos viajes de Arce a Barcelona desde 1952 a 1991 nos acercan a perfiles inéditos de Santos Torroella y Rodríguez Aguilera, figuras clave en el desarrollo del grupo *Dau al Set*, tanto en las páginas de la revista como en los quehaceres de Sur. Eran cónsules de Arce en Barcelona. Ambos, junto con Corredor Matheos y –sobre todo– el matrimonio Fernández de la Reguera son interlocutores constantes de las experiencias humanas e intelectuales, literarias y artísticas de Arce. Pero no sólo ellos, por *Los papeles* transitan (retratos, confidencias, etc.) Guinovart, Llorens Artigas, Juan Eduardo Cirlot (apasionante testimonio), Luis Romero, la cúpula de ediciones Destino, Barral, José Manuel Lara, José Agustín Goytisolo, Castellet, Josep M. Espinàs, Antoni Tàpies, Ràfols-Casamada y una amplia nómina de amigos y conocidos. La vida cultural (editores, pintores, escritores, críticos de arte y de literatura) barcelonesa toma nuevas perspectivas desde estas páginas densas, honradas, insobornables. Para aquilatar la importancia de Arce y sus empresas en relación con la vida artística barcelonesa baste anotar como botón de muestra que el número doble 16-17 de *La Isla de los Ratones*, además del ensayo canónico de Cesáreo Rodríguez Aguilera, «La pintura catalana» contaba con ilustraciones, entre otros, de Ràfols Casamada, Cuixart, Tharrats, Ponç, Tàpies, Guinovart, Guansé y Mercadé.

Vayamos por partes. Corría el año 1958 y el semanario *Destino* publica una entrevista con el poeta, novelista y galerista Manuel Arce. El autor de la entrevista es Josep M. Espinàs. La fecha exacta el 22 de marzo, y el título «A Manuel Arce le espera el tren». La entrevista es sumamente interesante y en *Los papeles de una vida recobrada*, Arce escribe: «Espinàs ha sabido recoger, incluso con fidelidad, algunos juicios sobre poetas y novelistas» (p. 435). Junto a estas opiniones, se puede leer la respuesta de Arce a la pregunta «¿A qué ha venido a Barcelona?», indicando de antemano que el viaje de finales del invierno del 58, es el tercero del que da noticia el exuberante tomo de memorias:

A ver a los pintores. Es sabido que en Santander tengo la librería Sur que es también sala de exposiciones. Allí han expuesto muchos pintores catalanes y los jóvenes celebraron una colectiva. Están previstas como próximas las exposiciones de Ràfols Casamada y María Girona y luego probablemente la de Tharrats.

Por cierto, que los juicios que Arce establece sobre la poesía y la narrativa española del día le conceden preeminencia, a su criterio, a Eugenio de Nora, Bousño, Valverde y José Hierro, en la poesía; y a Delibes y Cela, en la narrativa.

A propósito de Cela y Arce quiero completar algunos datos (de los años 1951 y 1952), del oceánico volumen. Manolo Arce le escribe a Cela el 16 de octubre del 51, pidiéndole su opinión sobre *La Isla de los Ratones* y «si se siente animado a colaborar en ella». Cela acepta y la narración «El tonto del pueblo» junto con una fotografía suya aparecerá en el número doble 16-17, ilustrado por los pintores catalanes, y del que tanta satisfacción obtuvo Arce en su primera visita barcelonesa. El trabajo de Rodríguez Aguilera, «La pintura catalana» era la carta de navegación del número. Debe decirse que el relato de Camilo José Cela no era inédito; procedía de *El gallego y su cuadrilla y otros apuntes carpetovetónicos* (Madrid, 1949).

En el interludio Arce leyó *La colmena* (Buenos Aires, Emecé, 1951) y le ofrece a Cela su juicio en carta del 18 de noviembre de 1951:

Acabo de leer *La colmena*, que me parece cojonuda de tan extraordinaria como es. A mí me fastidia hacer elogios por carta: no se hacerlo, directamente. Por lo tanto, y como tú eres un tío que tampoco los necesita no me quedo con el deber de hacerlos. Sin embargo, déjame decirte que hacía mucho tiempo que no leía una novela con un hondo matiz tan humano. Tu novela es, como diría Balzac, literatura de registro civil (entiéndeme), los personajes nacen, se inscriben con tu pluma en el libro abierto de la vida y a vivir: joden –vulgarmente ‘aman’-, luchan y un día se mueren. En una palabra: lo que es la vida sin gaitas ni engaños amables.

Ayer comenzó a leerla mi padre. Mi padre no lee novelas. Tampoco versos. Mi padre trabaja para mantener una familia con doce bocas [...] Bueno, pues, mi padre comenzó anoche a ojearla y terminó comenzando por el principio. Le gustará. Yo ya me fío mucho más de los juicios que da mi padre, que en los poetas o en los críticos de turno.

Dos días después Cela le contesta, y aunque el motivo principal de la carta es el número de *La Isla*, le dice a propósito de *La colmena*:

Me alegro que te haya gustado *La colmena*; es un claro signo de tu inteligencia. Me alegra también que la lea tu padre. Tienes razón, mucha razón, cuando me dices que te fías más de su juicio que del de los críticos y poetas de turno, esas flores o ladillas, de un día, que disfrazan su inepticia de misterio.

Antes de viajar a Barcelona por primera vez en esas tareas de estar al corriente de lo que se hacía en el mundo artístico barcelonés, el joven Arce había mantenido contactos con Rafael Santos Torroella, quien «parecía estar decidido a ser en Barcelona el representante oficial de *La Isla de los Ratones*», la revista que Arce puso en marcha en 1948. Santos Torroella le escribe el 22 de mayo del 50: «Y me ha gustado sobre todo la revista en sí, de una gran pulcritud». Al tiempo le adjunta un poema de Juan Eduardo Cirlot, quien se convertirá, en su condición de poeta y crítico de arte, en uno de los más frecuentes puntos de referencia de los contactos barceloneses de Manolo Arce.

Para el otoño de 1950, Rafael Santos Torroella se había convertido en el colaborador más eficaz en la fragua de los diferentes números de *La Isla*. Él será el puente que transitará Arce para conocer el grupo *Dau al Set* (Joan Ponç, Antoni Tàpies y Modest Cuixart). Precisamente Santos Torroella –como han recordado tanto Ponç como Tàpies– había coordinado la primera exposición de *Dau al Set* en el Instituto Francés de Barcelona, en diciembre de 1949.

La otra personalidad que ejerció de puente entre los quehaceres de Arce y la vida artística barcelonesa fue Cesáreo Rodríguez Aguilera, quien por cierto, sería también un notable enlace de Camilo José Cela, cuando años más tarde, en 1956, ponga en marcha desde Palma de Mallorca, *Papeles de Son Armadans*. La tercera clave inicial de las relaciones de Arce con Barcelona es el matrimonio Fernández de la Reguera (conviene recordar que Ricardo, además de novelista, era santanderino). El libro de Manuel Arce da entera noticia de la prehistoria de sus relaciones barcelonesas, explicando la urdidumbre no siempre bien avenida de pintores y críticos de arte.

La Isla de los Ratones (1948-1955) ofreció espacio para la poesía, para la prosa (en un amplio abanico que va desde la narrativa breve a la crítica literaria y pictórica) y para el arte (por la vía de la ilustración). Juan A. González Fuentes [«El inicio de la aventura editorial del Robinson Manuel Arce: la revista *La Isla de los Ratones* (1948-1955)» en *Revistas Literarias Españolas del siglo*

xx, tomo II (1939-1959), Madrid, Ollero y Ramos, 2005] ha establecido cuatro grandes grupos de colaboradores:

A. Los de la generación de Arce, como Jesús Pardo.

B. Los miembros del grupo *Proel*, como José Hierro o Ricardo Gullón.

C. Algunos poetas del 27 a la luz de Juan Ramón Jiménez: Gerardo Diego y Juan José Domenchina.

D. Los que están abriendo su camino al compás de las primeras aventuras de la revista. Son legión, pero los catalanes más significativos son: Santos Torroella, Cirlot, Susana March, Joan Brossa, Joan Teixidor, Jaime Ferrán, José María Valverde, Mercedes de Prat y José Agustín Goytisoló.

Por otra parte, antes de que la librería y la galería *Sur* (julio de 1952) empezasen su andadura, Arce, vía Santos Torroella y Rodríguez Aguilera, había conocido el universo pictórico de Cataluña. Las referencias a Barcelona en *Los papeles de una vida recobrada* son muy frecuentes, desde el viaje que Arce realiza en 1952 hasta el que le lleva al aeródromo de El Prat el 25 de junio de 1991. Queda en esta última fecha la constancia de los encuentros con Ricardo Fernández de la Reguera, puesto que Susana March había fallecido. El soborno del tiempo alienta en muchas de las densas y documentadas páginas de este libro.

El primer viaje del que da cuenta *Los papeles* data de mayo de 1952. Arce se hospeda en el Hotel Viena de la calle del Carmen y frecuenta el bar Canaletas. Vía Rodríguez Aguilera conoce a Mercedes del Prat, esposa del jurista; a José Guinovart, «sencillo, campechano, sonriente» (p. 249); a Luis Romero, que acababa de ganar el Premio Nadal con *La Noria*; a Luis de Caralt; a Llorens Artigas; a Juan Eduardo Cirlot, en su despacho de la editorial Gustavo Gili... La estancia fue muy provechosa, especialmente por el encuentro –gracias a los buenos oficios de Luis Romero– con la cúpula directiva de Ediciones Destino. Baste indicar que *Testamento en la montaña* (1956), *La tentación de vivir* (1961), *Pintado sobre el vacío* (1958) y la segunda edición de *Anzuelos para la lubina* (1966) vieron la luz en la colección «Áncora y Delfín» de Destino. Años después la proximidad a Carlos Barral y Enrique Badosa propició la publicación en la prestigiosa «Biblioteca Breve» de *Oficio de muchachos* (1963) y de *El precio de la derrota* (1970) en Plaza & Janés.

Una carta dirigida a su esposa, Teresa Santamatilde, es ejemplar de muchas otras (obsérvese la gran cantidad de información que suministran las cartas que reproduce el libro):

Querida Teresa: el viaje está resultando muy bien. Estuve con Luis Romero, el autor de *La Noria*, en la Editorial Destino. [...] Rodríguez Aguilera organizó, tal como me había prometido, el encuentro con un grupo de pintores catalanes. Nos reunimos en la sala de exposiciones del Instituto francés. [...] Anoche asistí a la tertulia-rotatoria en casa de Susana y Ricardo. He conocido a Sebastián Juan Arbó. Es un hombre mayor (tiene ya 50 años) y de apariencia tosca. Parece un hombre del campo. [...] Sebastián Juan Arbó quiere que acuda una tarde a la tertulia que tiene después de comer en la Cafetería Winsord. Se reúnen en torno a Luys Santamarina, el director de *Solidaridad Nacional*. [...] Me gustaría que estuvieses aquí conmigo, aunque la habitación 18 del Viena es bastante cutre... (pp. 252-253).

El segundo viaje data del otoño de 1956. Llega a Barcelona procedente de Madrid. El asunto de la estancia es la posibilidad de llevar al cine *Testamento en la montaña*. Se hospeda en el domicilio de los Reguera y las anécdotas son curiosas y divertidas (otra faceta más del monumental tomo: la amenidad). Son tantos los juicios y opiniones sobre Barcelona, que debo reconocer que Manolo Arce merecerá un capítulo en la próxima reedición de mi libro *Viajeros en Barcelona* (Planeta, 2005).

Voy a referirme a cinco viajes de Arce a la capital catalana: al borde de la primavera del 58, en otoño de 1960, en invierno de 1962, tras la intentona de conocer personalmente a Picasso, el invierno del 63 y la primavera –por Sant Jordi– de 1964. En todos ellos, Arce solo o acompañado de su esposa se hospeda en el Hotel Gales (Mitre, 164), junto al domicilio de los Reguera.

En marzo del 58 llevaba bajo el brazo el original de *Pintado sobre el vacío*. Joan Teixidor y Josep Vergés dieron el visto bueno. Durante la estancia conoce a José María Valverde y gracias al matrimonio Valverde alcanza a conocer a Carles Riba y a Clementina Arderiu:

Hacía una tarde espléndida y la pasamos en el jardín de los Riba, conversando de poesía y de poetas. Llevaban cuarenta y dos años casados. Se les veía felices. Nos hicimos fotografías. Clementina insistió en que tenía que enviarles las fotos. Quedaba invitado a comer en un próximo viaje a San Cugat. (p. 434)

Se reunió, además, con los pintores Francisco Todó, María Girona y Alberto Ràfols, entre otros. La visita tuvo eco en el semanario *Destino*, gracias a la entrevista que le realizó Espinàs en el desaparecido Salón Rosa del Paseo de Gracia, y que he citado al comienzo de estas líneas.

Cuando principia el otoño de 1960, el viaje tiene como objetivo examinar la versión cinematográfica de *Testamento en la montaña*. Acompañado por el director Antonio Isasi azacanea por los ambientes con «glamour» de Barcelona.

En 1962, Arce y su esposa, Teresa, viajan de nuevo a Barcelona. Llegan procedentes de la Costa Azul. La primera tarde la pasan en casa de los Tàpies, a quien Arce le recuerda el dibujo que le había regalado en el 51, para su naciente Galería de Arte santanderina. Visitan también el piso de Gustavo Gili, con una biblioteca extraordinaria que fascina a Manolo y a Teresa. A la par visitan a los Reguera y conversan telefónicamente con los amigos barceloneses: José Agustín Goytisolo, Corredor-Matheos, Rodríguez Aguilera, Luis Romero y Santos Torroella.

El viaje del invierno del 63 puede ser metáfora de un aspecto que *Los papeles de una vida* también ofrecen: la pequeña sociología de las conductas y los hábitos de la ciudadanía durante la dictadura de Franco. La metáfora es reveladora: los Reguera se han comprado un seiscientos. Durante la estancia comparten conversación, almuerzo o cena con Carlos Barral, Gustavo Gili o Cesáreo Rodríguez Aguilera.

De este viaje se deriva el penúltimo que voy a reseñar, el de la primavera del 64, puesto que Carlos Barral y Jaime Salinas animan a Arce a firmar ejemplares de *Oficio de muchachos* el día de Sant Jordi.

Para poner punto final a estas pinceladas sobre el bosque de datos, informaciones e impresiones que Arce nos ha brindado, refiriéndome al viaje de enero del 65. Llegaban al Hotel Gales procedentes de Londres. Era viernes. El sábado asistieron a una tertulia rotatoria, que tocaba en el domicilio de Guillermo Díaz-Plaja:

Era costumbre, si los contertulios estaban de acuerdo, invitar a la tertulia a escritores foráneos que estuvieran de paso por la ciudad: en esta ocasión éramos nosotros. La tertulia de los hijos estaba al completo: Díaz-Plaja, Luis Monreal, Antonio Vilanova, Martín de Riquer, Juan Ramón Masoliver y nosotros. También participaban las esposas. (p. 665)

Entre esos nombres se cuentan dos señalados críticos literarios barceloneses. Ambos escribieron sobre la obra narrativa de Arce al compás de su publicación. Antonio Vilanova dedicó el artículo de su sección en *Destino*, «La letra y el espíritu» (4-VIII-1956) a *Testamento en la montaña*. El comienzo del artículo describe la novela:

En torno a una acción muy simple, desarrollada con extraordinaria sencillez y sobriedad, no exentas de habilidad técnica y maestría narrativa, Manuel Arce ha escrito un relato lleno de emoción y dramatismo, en el que se combina la tensión angustiosa de la espera en el presente inmediato y real y la evocación retrospectiva del pasado en la mente del protagonista. Escrito en primera persona por el propio héroe de las aventuras que describe, *Testamento en la montaña* aplica la forma autobiográfica del relato personal a un solo episodio de la vida del protagonista que al referir las experiencias y recuerdos de unos breves días de cautiverio en la montaña nos revela tragedia de su vida y nos ofrece el más acabado retrato de su carácter y de su perfil humano y moral.

Por su parte, Juan Ramón Masoliver dedicó su artículo de *La Vanguardia* (19-VI-1963) a la *nouvelle* dedicada a Ricardo Gullón, *Anzuelos para la lubina*. El artículo se vertebraba en una comparación entre la novela corta de Arce y un relato de Margarita Duras. El marbete del artículo, «Incomunicabilidad del amor. Dos solitarios atardeceres» da las claves del cotejo. Masoliver enjuiciaba la personalidad de Arce con estas palabras:

Manuel Arce, su autor, es un mozo treintañero crecido en Santander, donde ejerce de librero, rige una sala de exposiciones y anima las ediciones poéticas de *La Isla de los Ratonés*. Ventajosamente conocido como poeta desde los días de Espadaña, con varios y sustantivos volúmenes en su haber, recordamos una incursión suya en la novelística, aquel *Testamento en la montaña*, que ganó el premio Concha Espina y, lamento decirlo, no quitaba el sueño. Pero ahora, con *Anzuelos para la lubina*, sí. No veo en nuestro panorama actual otro relato, otra novela corta, y digo algo, que lo valgan.

He dejado muchas notas e infinitos comentarios al margen en la presente reseña (por ejemplo, el universo madrileño). No quiero, sin embargo, pasar inadvertida una de las facetas de la vida de Arce: la de ciudadano con vocación pública. Vocación que le llevó a ser concejal del Ayuntamiento de Santander y presidente del Consejo Social de la Universidad de Cantabria. Ambas actividades merecerían también una detenida glosa.

Sería injusto que obra tan fértil como *Los papeles* (bien prologada por Germán Gullón) pasase inadvertida. Su relato, su intención y sus fuentes nos interesan a todos. Con ella se enriquece de modo significativo el conocimiento de la intrahistoria cultural del exilio interior y de las claves vitales de su resistencia. Digamos para acabar que el libro contiene un gran número de fotografías que activan y potencian numerosos datos, escenas, encuentros, exposiciones y publicaciones. Un contenido gráfico excepcional.

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ
UNIVERSITAT DE BARCELONA